



La variabilidad como motor

Repensar las políticas climáticas para el pastoralismo

Documento de políticas elaborado por el Grupo de Trabajo sobre Pastoralismo y Cambio Climático de la IYRP (octubre 2025)

Este documento es un llamado a las políticas y los mecanismos de financiamiento climático para que reconozcan la experiencia de las y los pastoralistas en la gestión del riesgo climático como fundamento de su productividad, sostenibilidad y capacidad de adaptación.

Introducción

Desde las cordilleras de alta montaña hasta las sabanas áridas y las tundras árticas, el pastoralismo ha evolucionado como parte de ecosistemas caracterizados por altos niveles de variabilidad climática y ecológica. Este documento se centra en el pastoralismo como un sistema ecológicamente integrado: un sistema que trabaja con la variabilidad en lugar de buscar protegerse de ella, y con una lógica diferente a formas de ganadería extensiva que dependen de los combustibles fósiles y de entornos artificialmente estables.

En este documento, el pastoralismo se entiende como un modo de vida que funciona con su propia lógica ecológica y económica. Aunque la mayoría de las expresiones actuales del pastoralismo llevan auestas décadas de políticas e intervenciones orientadas a transformar radicalmente su organización social y su relación con el ambiente, visibilizar sus lógicas sigue siendo fundamental para comprender cómo hacen frente a la variabilidad. Además, permite justificar por qué hoy en día los modos de vida pastoriles son más importantes que nunca. En este sentido, a pesar de que el calentamiento global está intensificando la variabilidad climática, para las y los pastores el desafío más importante proviene de las presiones económicas e institucionales que restringen su capacidad para trabajar con esa variabilidad.

Mientras que la agricultura de la globalización depende del control y la previsibilidad, lo cual implica que se considera a la variabilidad climática como un obstáculo, el pastoralismo, por otro lado, se especializa en alinearse con la variabilidad y en gestionar el riesgo climático de manera simultánea. Otros modos de vida en entornos variables, como la agricultura familiar a pequeña escala, también han desarrollado formas de convivir con la incertidumbre, pero el pastoralismo se distingue por hacer de la propia variabilidad la base de su producción y de su organización social. Sin variabilidad climática no existiría el pastoralismo. El pastoralismo intrínsecamente se adapta al clima, y la movilidad constituye su principal mecanismo para ajustar los rebaños a las cambiantes oportunidades de pastoreo. Por ello, las vías de adaptación al cambio climático no pueden ser las mismas para el pastoralismo que para los sistemas que dependen de la estabilidad.

Reconocer esta diferencia es fundamental para las políticas públicas y la financiación de acciones ligadas a la adaptación al cambio climático. Cuando las intervenciones tratan la variabilidad climática como algo inherentemente perturbador y persiguen la estabilidad como única vía hacia la resiliencia, se socava al pastoralismo y se desmantela la adecuación ecológica que lo convierte en uno de los pocos sistemas de producción alimentaria adaptados a climas extremos. Del mismo modo, también se debilitan los contextos ecológicos y

económicos que el pastoralismo contribuye a sostener. Estas presiones se suman a la carga histórica de políticas equivocadas que han restringido la movilidad y la gobernanza pastoralista, facilitando la apropiación especulativa de los pastizales y extendiendo las fronteras de la economía globalizada que conducen al cambio climático.

Los datos globales sobre el pastoralismo siguen siendo escasos e inconsistentes, y se basan en métodos anclados en perspectivas económicas y ecológicas que soslayan la naturaleza dinámica y adaptativa de estos sistemas. Las estadísticas nacionales rara vez desagregan al pastoralismo de otros sistemas ganaderos extensivos o incluso intensivos. Aun así, gracias a estos sistemas, al menos una cuarta parte de la superficie terrestre del planeta, siendo en su mayoría tierras no aptas para el cultivo, generan valor económico, manteniendo funciones ecológicas, además de proporcionar carne, leche, fibra y fertilizantes orgánicos.

A diferencia de los modelos de adaptación dependientes de los combustibles fósiles, que al lidiar con el cambio climático terminan agravando sus causas, el pastoralismo ofrece una sostenibilidad a largo plazo, porque ya está alineado con las realidades del clima vigente.

Desafíos

1. El costo de no comprender el pastoralismo. Los modos de vida pastoralistas llevan mucho tiempo coartados por políticas e inversiones basadas en supuestos obsoletos de ineficiencia, fragilidad y daño ecológico. Desde regímenes coloniales hasta planificación con sesgo neoliberal, se han justificado intervenciones que dividen los pastizales, restringen la movilidad y socavan las instituciones colectivas, mientras concentran el poder y los recursos en otros lugares. Por ejemplo, la proliferación de puntos de agua en las tierras secas ha favorecido el asentamiento, además de alterar los patrones estacionales de pastoreo. En consecuencia, han alimentado tanto tensiones sociales como desencadenado procesos de degradación de la tierra. Los esfuerzos de las y los pastores por proteger sus modos de vida en medio de opciones cada vez más reducidas han generado estrategias de adaptación inadecuadas que aumentan la presión sobre el sistema. Este problema no es un fracaso del pastoralismo, sino el fracaso de la política y de la planificación para comprender estos sistemas. Hoy en día, modelos orientados a la estabilidad y dependientes de insumos externos se reinventan como adaptación climática, desviando recursos y atención respecto de las alternativas flexibles propias de las estrategias adaptativas de las y los pastores.

2. Nuevas dimensiones de riesgo para los y las pastores. El ambiente de los y las pastores también está siendo transformado por el cambio climático. En los pastizales de alta montaña de los Andes y de los Himalayas, las y los pastores observan cambios en la cobertura de nieve, el retroceso de los glaciares y el adelanto de los deshielos primaverales, que, en conjunto, afectan la disponibilidad de forraje y la salud del ganado. En el Ártico, las modificaciones en los ciclos de deshielo y de la vegetación están alterando los patrones migratorios. En el Sahel, nuevas frecuencias e intensidades de las precipitaciones son experimentadas por las comunidades pastoriles. A pesar de que los y las pastores poseen una familiaridad con la variabilidad climática, los efectos agravados del cambio climático se suman a restricciones normativas, la fragmentación de la tierra y la inseguridad. Estas situaciones les exponen a dimensiones inéditas de riesgo, dejándoles con escaso margen de respuesta.

3. Nuevas fronteras del despojo. En todo el mundo, los Estados, las empresas y los organismos multilaterales están repensando los pastizales como espacios para cumplir sus objetivos de mitigación y adaptación, relacionados con megaproyectos de energías

renovables, mecanismos de compensación de carbono, extracción minera y corredores de infraestructura. La mayoría de estas iniciativas ignoran los usos pastoriles de la tierra, la movilidad y los sistemas de gobernanza colectiva, impulsando nuevas oleadas de despojo y fragmentación territorial, mientras alimentan la especulación sobre la tierra. Las regiones pastoriles también son objeto de narrativas que presentan a las comunidades pastoriles como generadoras de violencia o, incluso, como amenazas para la seguridad, justificando formas coercitivas de control y exclusión. En el Sahel, estas narrativas se combinan con vacíos de gobernanza y la expansión de zonas de inseguridad, donde conflictos locales históricos son frecuentemente instrumentalizados dentro de estrategias de control territorial de mayor escala.

4. Respuestas de mitigación, adaptación y conservación equivocadas. Los enfoques acerca de la mitigación climática suelen presentar al pastoralismo como un contribuyente al cambio climático por su supuesta ineficiencia y, con ello, reactivan arcaicas narrativas de daño ecológico. Esta mirada ignora los aportes regenerativos del pastoralismo a los ciclos del carbono y su actual dependencia mínima de los combustibles fósiles. El resultado son políticas que desplazan a las y los pastores, o que promueven la intensificación productiva, malinterpretando el valor y la lógica de estos sistemas. Las medidas de adaptación suelen situar el problema en el propio pastoralismo, repitiendo antiguas “soluciones” que restringen la movilidad y fomentan el abandono de la actividad pastoril en lugar de abordar los factores socioeconómicos que limitan su capacidad adaptativa. De manera similar, las iniciativas de biodiversidad y las soluciones basadas en la naturaleza, aunque afirman incluir a las y los pastores, suelen imponer normativas restrictivas y controles de acceso que dividen los pastizales y criminalizan la movilidad. La aplicación de estas medidas mediante dispositivos paramilitares que reproducen modelos de “conservación de fortaleza”, ignora la larga coexistencia entre pastores y fauna silvestre y, en ocasiones, traspasa límites, suscitando preocupaciones en materia de derechos humanos. Estas restricciones, además, perjudican los modos de vida y los ecosistemas, porque cuando las y los pastores pierden acceso a recursos esenciales, se genera degradación fuera de las áreas protegidas.

Cambiando la perspectiva

1. Desajuste entre la política y la realidad pastoralista. Muchas políticas y proyectos parten de la premisa de que el pastoralismo está definido por carencias: de agua, pastizales, servicios, infraestructuras y estabilidad. Desde esta perspectiva, la solución parece evidente: construir más pozos, centros de servicios y reducir, o si es posible eliminar, la movilidad. Sin embargo, en contextos donde los modos de vida implican aprovechar la variabilidad climática, estas intervenciones resultan contraproducentes. Lo que los modelos basados en la estabilidad interpretan como deficiencias puede ser, en realidad, un componente funcional de un sistema adaptativo diseñado para trabajar con la variabilidad.

2. La variabilidad climática es el nicho ecológico del pastoralismo. El pastoralismo evolucionó en ecosistemas donde las precipitaciones y la vegetación fluctúan intensamente, y donde los nutrientes del forraje alcanzan su punto máximo solo durante períodos breves. Las y los pastores aprovechan estas ventanas de oportunidad, desplazando sus animales de un pulso de nutrientes al siguiente. Esta estrategia permite que el ganado se alimente de pastos de alta calidad durante mucho más tiempo de lo que sería posible si los pastizales maduraran simultáneamente, o si los rebaños permanecieran en un mismo lugar. La resiliencia del pastoralismo se construye reforzando esta especialización en el aprovechamiento de la variabilidad climática, y no buscando la estabilidad.

3. La política determina la vulnerabilidad de los sistemas pastoriles, no el clima. Las narrativas sobre el cambio climático suelen presentar a las y los pastores como víctimas indefensas de los cambios ambientales, ocultando la causa más profunda de su vulnerabilidad: los fallos de las políticas públicas. Aunque las y los pastores afrontan transformaciones en los riesgos relacionados con el clima, como cualquier otra población, se encuentran entre quienes están mejor preparados para gestionarlos. Su exposición al riesgo aumenta cuando se restringe la movilidad, se mercantilizan los recursos y se debilitan las instituciones consuetudinarias. Estas barreras limitan tanto la adaptación como la productividad, especialmente cuando se ven reforzadas por desigualdades sociales, incluidas las relacionadas a las dinámicas de género. Incluso en ausencia de cambio climático, tales restricciones impedirían que las y los pastores prosperaran.

4. La adaptación no parte de una hoja en blanco. No todos los sistemas agrícolas dependen de calendarios fijos y supuestos de estabilidad, por lo que no todos están igualmente desorientados por el cambio climático. La experiencia de las y los pastores para desenvolverse en condiciones de variabilidad climática hace que sus conocimientos sean especialmente relevantes. En contraposición, presentar el cambio climático como una ruptura total, desestima la inteligencia adaptativa pastoril, justamente cuando más se la necesita. La adaptación debe comenzar por volver a legitimar los sistemas de conocimiento ya adaptados a la incertidumbre, no por descartarlos.

5. La resiliencia no puede funcionar con combustibles fósiles. Las respuestas climáticas en las zonas pastoriles suelen apoyarse en tecnologías altamente demandantes de insumos externos o combustibles fósiles, tales como: riego, producción de forrajes, transporte de alimentos para el ganado. Así se crean nuevas dependencias y alimentan la misma crisis que pretenden gestionar. En contraste, la evidencia disponible en África occidental indica que el pastoralismo puede ser neutro en carbono, o incluso tener un balance negativo, ofreciendo un modelo basado en la adecuación ecológica. Una resiliencia sostenible no puede depender de los mismos sistemas que causan el problema.

6. No todas las emisiones son iguales, y confundirlas socava la justicia climática. La política climática suele tratar a todas las emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero (GEI) como responsables del cambio climático. Sin embargo, ignorar las relaciones ecológicas de las emisiones oculta una distinción fundamental. La utilización de combustibles fósiles introduce carbono antiguo en el presente, liberando a la atmósfera carbono que permaneció almacenado bajo tierra durante largos períodos y generando un incremento unidireccional y, por tanto, insostenible. Por el contrario, las emisiones procedentes de sistemas biológicos, incluidos el ganado pastoril, los herbívoros silvestres y la materia orgánica en descomposición, forman parte de ciclos naturales de corto plazo en los que el carbono circula continuamente entre el suelo, la vegetación y la atmósfera. Incluso cuando los ecosistemas se degradan y estos ciclos se desequilibran, se convierten temporalmente en fuentes netas de carbono, las emisiones permanecen dentro del sistema del carbono vivo y pueden volver a equilibrarse mediante procesos de restauración en cuestión de años. Las emisiones derivadas de combustibles fósiles, en cambio, amplían el volumen total de carbono atmosférico durante siglos.

Aunque todos los gases de efecto invernadero contribuyen al calentamiento, únicamente las emisiones procedentes de combustibles fósiles son responsables del calentamiento global adicional e indeseado que llevó al cambio climático. Las emisiones de los sistemas biológicos

contribuyen al mantenimiento del equilibrio térmico del planeta, mientras que las emisiones de origen fósil lo empujan más allá de ese equilibrio: se parecen más a una fiebre que a una manta que abriga. Perder de vista esta distinción conduce a una representación errónea del pastoralismo y penaliza a comunidades que generan bajas emisiones, mientras que los sistemas dependientes de combustibles fósiles escapan de su responsabilidad.

A diferencia del modelo dominante, que equipara la resiliencia con la capacidad de recuperarse tras una perturbación, el pastoralismo obtiene su resiliencia de su plasticidad: la capacidad de absorber y redirigir la variabilidad mientras continúa funcionando; porque esa es, precisamente, su forma de funcionar.

Supuesto habitual	Realidad pastoralista
La variabilidad es una limitación	La variabilidad es un recurso
La movilidad es desorden	La movilidad es alineación ecológica
La estabilidad genera resiliencia	La plasticidad genera resiliencia
El riesgo climático debe evitarse	El riesgo climático debe gestionarse
Las emisiones de GEI del ganado pastoril contribuyen al cambio climático	Los ecosistemas de pastizales-pastoralismo sanos tienen un balance de carbono neutro o negativo

Llamado a la acción

Transformar esta perspectiva en acción requiere un cambio en las relaciones de poder: pasar de sistemas de control centralizados a sistemas de gobernanza enraizados en los territorios y en las comunidades locales. Los siguientes llamados a la acción describen las políticas y los cambios financieros e institucionales necesarios para hacer posible esta transformación.

1. Financiar la movilidad y, más ampliamente, la plasticidad sistémica del pastoralismo.

Reorientar los programas de resiliencia climática en torno al reconocimiento de que la variabilidad, aunque implica riesgos, es también la fuerza que impulsa al pastoralismo. Trabajar con la variabilidad, en lugar de intentar eliminarla, es fundamental para la sostenibilidad pastoril. Fortalecer la resiliencia de los sistemas pastoriles requiere apoyar las estrategias fundamentales que les permiten aprovechar la variabilidad: movilidad, diversidad de los rebaños, regímenes flexibles de tenencia y una gobernanza colectiva capaz de responder a contextos cambiantes.

2. Mejorar la contabilidad de los GEI para reflejar la integración ecológica. Las evaluaciones de gases de efecto invernadero (GEI) deben reconocer plenamente el papel ecológico de los sistemas pastoriles, incluyendo tanto sus contribuciones a la salud de los suelos, la biodiversidad y el almacenamiento de carbono a largo plazo, como las emisiones que se evitan gracias al mantenimiento de funciones ecosistémicas. Los métodos de contabilidad no deben penalizar prácticas compatibles con el clima. Los marcos regulatorios y de políticas públicas deben distinguir entre las emisiones biológicamente integradas y las emisiones procedentes de combustibles fósiles.

3. Reconocer y proteger los conocimientos pastoriles como una forma de experticia climática. Los sistemas de conocimiento pastoralistas ya están adaptados a la imprevisibilidad ambiental. Las políticas de adaptación, deben co-diseñarse y situar en el centro esa inteligencia de observación, navegación y organización institucional, garantizando

que el papel ecológico del pastoralismo quede reflejado en la planificación climática y del desarrollo.

4. Eliminar las barreras que limitan la resiliencia pastorista. Eliminar las restricciones sociales y económicas que afectan la movilidad, el acceso a las oportunidades de pastoreo y el funcionamiento de las instituciones consuetudinarias. Garantizar la inclusión de las y los pastores en la financiación climática mediante instrumentos que reconozcan y apoyen sus estrategias ecológicas, sin imponer condiciones que exijan la transformación de su sistema o la sedentarización. La resiliencia comienza con reformas de gobernanza que permitan a las y los pastores utilizar sus experiencias y conocimientos.

5. Garantizar el acceso de los sistemas pastoriles a la financiación para pérdidas y daños. Incluso los sistemas adaptados al clima sufren pérdidas cuando se bloquean sus vías de adaptación. Cuando se interrumpe la movilidad o el acceso a los recursos, las y los pastores experimentan pérdidas económicas (ganado, activos) y no económicas (conocimientos, cultura). Los mecanismos del Fondo para Pérdidas y Daños deben reconocer estas limitaciones sistémicas y garantizar un acceso equitativo al apoyo para la recuperación, tanto frente a eventos repentinos como de lenta evolución.

6. Alinear las agendas climáticas y de seguridad para proteger la movilidad pastoril. Las políticas climáticas y de seguridad suelen operar en direcciones opuestas, restringiendo la movilidad y aumentando los riesgos. La coordinación debe partir de una comprensión diferenciada de las realidades locales, incluidas las dinámicas persistentes de exclusión, corrupción y desconfianza que debilitan la gobernanza. La planificación conjunta debe integrar a las organizaciones pastoristas en los marcos de acción climática y en los de construcción de paz. En las regiones afectadas por crisis, restaurar la confianza y salvaguardar la movilidad son condiciones esenciales para la sostenibilidad y la coexistencia pacífica.

7. Promover la justicia procedimental, distributiva y de reconocimiento. Garantizar la participación significativa de mujeres y hombres pastores en el diseño, la implementación y la evaluación de las respuestas al cambio climático. Asegurar un acceso equitativo a los fondos climáticos y garantizar el consentimiento libre, previo e informado.

8. En casos de transición verde, garantizar la justicia para las comunidades pastoriles. Los proyectos climáticos deben incorporar salvaguardas para evitar el desplazamiento, despojo y marginalización. Se deben también establecer protecciones legales y políticas que impidan que proyectos de reforestación, conservación o energía desplacen o despojen a las comunidades pastoriles. Asimismo, debe garantizarse que las inversiones climáticas no agraven los conflictos ni socaven los sistemas pastoriles. Una transición justa implica que las y los pastores no sean daños colaterales en nombre de la mitigación, sino que sean reconocidos como aliados clave en la gestión regenerativa y ecológicamente integrada de la tierra.

Agradecimientos: Este documento fue preparado por el Grupo de Trabajo sobre Pastoralismo y Cambio Climático de la Alianza Global para el Año Internacional de los Pastizales y los Pastoralistas (IYRP). Fue escrito por Saverio Krättli, Claire Bedelian, Jackson Wachira, Florence Crick, Michelle Venter, Edwige Marty, Blamah Jalloh, Ced Hesse y Ann Waters-Bayer. Está concebido tanto como una herramienta de acción política, como un recurso para repensar las respuestas al cambio climático en las zonas pastoriles. Traducción: Mercedes Ejarque y Carlos Bolomey-Córdova.

Cita sugerida: Alianza Global IYRP, 2025. La variabilidad como motor: repensar las políticas climáticas para el pastoralismo. Publicado por la Secretaría Global IYRP 2026 (iypr2026@gmail.com).